RÉQUIEM

Una mano anónima abría la puerta puntualmente y descargaba a Germán dentro de la sala donde le esperaba Elisa. La ventana les recibía con los brazos abiertos; un aire familiar oxigenaba el pequeño espacio. La joven acogía el cuerpo menudo y desarticulado del niño arropándolo con el suyo. Juntos se deslizaban hasta la esquina enmoquetada y acolchada con cojines. Allí permanecía inmóvil y mudo, con el cuerpo contorsionado; las rodillas pegadas al cuerpo y la cabeza escondida entre los brazos, sumido en un trance de existencia incompleta hasta que el aire vibraba con la risa aflautada del Músico.

Para los tres, el tiempo fuera de la sala era un vacío donde transitaban ingrávidos hasta un nuevo encuentro. En aquel caparazón de cuatro paredes, desahuciados por unos y por otros, incrédulos frente a cualquier propósito útil y con sentido, hilaban los días con los compases que el Compositor engendraba. Elisa esperaba paciente frente al piano, convencida de que la savia de las nuevas creaciones les haría revivir.

-Germán, hoy inventaré ritmos nuevos; imaginaré compases y crearé melodías que te volverán a elevar -se oía Su voz aguda a través de las paredes. Correré frenético tras las notas de una nueva sinfonía. Me divierte atraparlas, unirlas, separarlas. Entrelazarlas, cuando menos lo esperan. Silenciarlas. Hasta que me gotee el sudor y la plumilla me resbale de la mano.

Me baila otra melodía en la cabeza...ya la tengo; la he atrapado para ti. Necesito más papel; una nueva partitura: ...Do, silencio, ¡Do, Mi, DOOOOO!

Cuando Elisa percibía en el temblor del aire la nueva composición, las notas la inundaban como un lodo fertilizado. Al piano, sus manos ágiles modelaban sentimientos y deseos en escalas melodiosas.

- ¿Las oyes cómo tintinean, Germán? Escucha. Ascienden como fuegos artificiales sonoros ¡Qué surtidor de notas! -le decía Elisa. Entonces Germán se recomponía y elevaba como una serpiente encantada. Desentumecía sus dedos deformados en un intento tenaz por marcar el ritmo y el contrapunto sobre cualquier superficie que lo sostuviera. La línea rígida de su boca se arqueaba bajo el destello de sus ojos.

- Vamos a jugar, Germán, continuaba ella: imagina la flauta y los clarinetes, ¿oyes cómo le contestan los violines y los chelos? Voy a su encuentro con el piano. Aquí aparecen las trompas despuntando entre el sonido bajo y espeso del fagot. ¡Qué armonía tan perfecta!

El cuerpo cimbreante de Germán recorría el espacio que la música expandía, bajo la batuta de Su autor más inspirador. A Germán, la abundancia de dicha le zarandeaba los brazos, y arrastraba sus zancadas torpes tras las notas saltarinas. Los compases sonaban in crescendo hasta rematarlos en la pared, con la punta gruesa de su zapato ortopédico. Semejante éxtasis liberaba su cuerpo maltrecho, su ánima torturada, y le compensaba de la incomprensión ajena. El Compositor, sudoroso, lanzaba risas generosas al aire, mientras Elisa alargaba el último compás en una comunión apoteósica.

Germán germinaba en cada encuentro, pero la intensidad de la emoción le agotaba las entrañas. Su cuerpo caía desbaratado sobre la mesa con las partituras, el suelo o cualquiera otra superficie que lo acogiera; entornaba los ojos y volvía a sumirse en un profundo letargo.

Agotado el tiempo cedido para estar en la sala, la puerta se abría y arrastraban a Germán al agujero temporal donde continuaba hibernando.

El verano se había consumido definitivamente. La mañana era lluviosa y emanaba fatalidad. En el rincón enmoquetado, Elisa cubrió el cuerpo de Germán con una manta de pelo largo y suave hasta que sus mejillas se colorearon. Después todo sucedió según el ritual; ella enderezó su cuerpo frente al piano y esperó serena a que las primeras vibraciones sonoras con las que Él les saludaba, estimularan su sensibilidad. Germán, dormitaba esperando revivir de nuevo.

El tiempo en silencio se alargaba más que otros días y el cuerpo de Germán empezó a contorsionarse en convulsiones suaves que se acentuaron hasta ir a parar a los pies de Elisa y las patas del piano. La joven persistía en su postura frente al instrumento, convencida de que Él haría acto de presencia de un momento a otro.

-Germán, Elisa –por primera vez Su voz resonó lúgubre -mi cuerpo arde de fiebre, y a mis ojos llegan visiones fantasmagóricas. He recibido la visita del hombre enmascarado, con sombrero y capa, que le cubría de la cabeza a los pies. Solo los ojos rojizos resaltaban entre la negrura de su figura, como ascuas entre cenizas. Me ha encargado un Réquiem, sin desvelar el destinatario, pero

ha prometido pagarme tal cantidad de chelines que acabaría con mi precaria situación económica. Antes de poder dar respuesta, ha desaparecido tras la puerta donde yago.

Antes de que Su voz angustiada se deshiciera como la neblina, Elisa notó Su respiración fatigosa en el tono menor de las notas que le susurró. Reconoció los acordes funestos del Réquiem. Sus manos sobre las teclas destilaban una tristeza febril. El miedo y la muerte las guiaba. Germán, hacía esfuerzos torpes y desesperados por incorporarse, pero se desmoronaba con cada nota funesta.

La respiración agonizante del Genio, venida de muy lejos, de otras salas, donde nobles y emperadores le adularon y después le olvidaron, empañaba la partitura del Réquiem. Su plumilla agujereaba el papel. Las notas se atrapaban unas a otras, en un esfuerzo desmedido por alargar la melodía, hasta que sucumbieron a la línea negra, uniforme, que se hizo infinita, más allá de la partitura. Cayó hacia el abismo cuando, frio sobre el piano, exhaló el último suspiro de su genialidad.

En el desconsuelo de Elisa seguían resonando los compases. Sus manos aún perseguían los sonidos sobre el piano, cuando Germán se desplomó en el suelo; desarticulado, inerte; con la mirada opaca y la boca quebrada.